

Antonio Orejudo

PAZ

Mientras las mujeres se ocupan del trabajo práctico y tienen los pies pegados a la tierra, Jason Ivy es el entusiasmo ideológico, el hombre de las ideas y de los grandes proyectos. Su simpatía, su aspecto inofensivo y poco agraciado, su estilo de vida, su aire desenuelto y poco apegado a las vanidades de la vida, lo hacen la persona idónea para entrevistarse con gobernadores y alcaldes, con altas ejecutivas de empresas informáticas, para encarnar en suma la vertiente social y pedigüña de la asociación, porque al fin y al cabo hay que pedir fondos. Fondos para la ayuda a los afectados por el disturbio, fondos para la inserción de los guerrilleros o fondos para pedir el cese de la violencia.

Y Jason Ivy siempre está dispuesto, pleno de energía y de vitalidad, siempre positivo, siempre optimista, siempre creyendo en la buena voluntad de la gente y convencido de que si tú vas de buen rollo, la gente va de buen rollo. Jason Ivy, por decirlo en una palabra, está dispuesto a defender con uñas y dientes su idea de que la gente es buena por naturaleza y que solo la sociedad y la opresión económica la estropean obligándola a adoptar comportamientos violentos para sobrevivir.

Bueno, ha salido más de una palabra.

Cuando Ena llega por primera vez a las oficinas de la asociación, Jason Ivy ha empezado a organizar un gran proyecto al que llevaba dando

vueltas varios años: un concierto de rock Por la Paz y Contra la Violencia. Así, todo con mayúsculas.

Aquella primera vez Ena solo ve a un hombre de unos cuarenta años, vagamente pelirrojo, de los que no resignan a quedarse calvos y dejan crecer su melena hasta poderse hacer una coleta, aunque el resto del cráneo haya empezado ya a clarear. Tiene también perilla. Mientras ella, Ena, habla con Sheila, Jason Ivy entra, sale, va, viene, habla a voces por teléfono, abre y cierra archivadores con el auricular sujeto entre la mejilla y el hombro y lanza gritos de euforia cada vez que consigue cerrar un acuerdo con uno de los muchos artistas que participarán en el concierto Por la Paz y Contra la Violencia. Cuando esto sucede, se acerca a la puerta de Sheila, que está abierta, y la hace sonar con los nudillos. Ena se vuelve, Sheila levanta la cabeza y Jason Ivy dice por ejemplo Al DiMeola confirmado, Sheila. O Hardly Fanny confirmado, Sheila. O Jou DosPassos confirmado, Sheila.

Las dos primeras veces que Jason Ivy se asoma y dice Alison Krauss confirmado, Sheila, y Ace of Base confirmado, Sheila, Sheila sonríe y Ena juraría que Sheila comparte el entusiasmo de Jason Ivy, pero cuando Jason Ivy entra por tercera vez y dice Jeff Beck, confirmado, Sheila, a Ena le parece que Sheila tuerce el gesto. La cuarta vez que Jason Ivy interrumpe con su toc, toc, toc y su John Elefante confirmado, Sheila, Ena está segura,

entonces sí, de que un rayo de fulminar gilipollas ha salido disparado de los ojos de Sheila. Ena se vuelve a ver si ha dado en el blanco, pero Jason Ivy sigue allí, extrañado de que en ese momento pueda haber algo más importante que la confirmación de John Elefante. Sheila le pide que cierre la puerta y Jason Ivy la obedece, preguntándose quién será la mujer que oscurece sus confirmaciones.

La mutua antipatía entre Ena y Jason Ivy debe de nacer entonces porque aparte de este no hay un momento del que se pueda decir se llevaban bien, sí, y luego algo pasó entre ellos y todo se jodió. No. Lo de Ena con Jason Ivy es un flechazo inverso. Se detestan a primera vista. Cuando Ena empieza a trabajar, Jason Ivy ni siquiera se molesta en presentarse, acepta su presencia con naturalidad, como si fuera un expediente más, un archivero. Todos los demás trabajadores de la asociación sí se acercan a ella en algún momento y se presentan: Agneta Coletta, Mila Murial y Celeste Moss. Él sin embargo sigue con su rollo, toc, toc, toc, Jerome Buchinsky confirmado, Sheila. Pero en realidad Sheila no se ocupa de la organización del macroconcierto de rock, a ella le trae sin cuidado que todos esos nombres que Jason Ivy va desgranando y que ella no conoce confirmen o no. El macroconcierto de rock es competencia exclusiva de Jason Ivy; él lo ha querido así. Sheila le ha dicho que la organización de semejante evento requiere el esfuerzo de muchas personas trabajando en equipo, pero Jason Ivy dice que él es un individualista antropomórfico, que se ve capaz de hacerlo él solo y que por favor le deje a él decidir si necesita o no la ayuda de otras personas. Sheila acepta y desde aquel momento él va anunciando las confirmaciones a voz en grito para despertar admiración por su heroísmo.

Pero lo que Jason Ivy no ha dicho es que todos esos cantantes y bandas han condicionado su participación a la presencia de Boots. No es que la hayan condicionado explícitamente; lo que sucede es que Jason Ivy para resultar más convincente ha confirmado la asistencia de Boots, lo ha dado como cosa hecha. Para el resto de grupos es obligado participar en un acontecimiento al que acuda Boots. Pero la participación de Boots dista mucho de ser un hecho. Lo único que ha hecho Jason Ivy ha sido hablar con Brian Gonsales, su representante, para explicarle la filosofía del proyecto.

—Necesitamos que la sociedad esté unida, que los grandes líderes sociales contribuyan a esa unidad. Y hoy los líderes sociales son los cantantes, y sobre todo los Boots. Son creadores de opinión. Si ellos aparecen en un concierto Por la Paz y Contra la Violencia, están creando opinión, un estado mental. Eso es lo que perseguimos.

A Gonsales la idea le ha parecido *lovely* y luego le ha mandado un correo con las condiciones económicas y una serie de precisiones en cuanto al tipo de hotel y al tipo de servicio que los chicos de Boots demandan. Aunque ninguno de los grupos cobra por su participación en el concierto Por la Paz y Contra la Violencia, el caso de Boots es diferente. Al tratarse del banderín de enganche, del reclamo que Jason Ivy ha utilizado para atraer a los demás participantes, hay que pasar por el aro y aceptar sus condiciones.

Jason Ivy hace una lista de posibles fuentes de financiación: bancos, compañías de seguros, grandes firmas a las que les pueda interesar asociar su imagen a un acto contra el disturbio; en total, cerca de doscientos patrocinadores. Ha tenido la paciencia de reunirse con cada uno de ellos y ex-

plicarles el proyecto y especificarles la cantidad de dinero que espera de cada uno. A todos les ha interesado participar y uno a uno han ido ingresando en una cuenta abierta con este propósito sus respectivas colaboraciones económicas. Finalmente lo consigue. Jason Ivy tendrá muchos defectos, pero hay que reconocer que es un gestor competente y eficaz. Sheila no tiene dudas de que llegará lejos, y como no es tonta sabe que sus ambiciones pasan por defenestrarla y colocarse en su lugar.

Jason Ivy cierra la lista de participantes con Boots como gran estrella por las fechas en las que Ena empieza a trabajar en la asociación. Faltan por tanto más de seis meses para la celebración de un concierto que Jason Ivy quiere que sea tan famoso como el de Woodstock. Ya ha puesto fecha, el 13 de junio, y ya tiene también apalabrado el lugar. Pero todavía queda mucho por hacer, hay que preparar la infraestructura sanitaria y el abastecimiento, contratar los seguros, prever el transporte, gestionar los permisos y resolver un sinfín de pequeños detalles a los que Jason Ivy va dando salida. Le gusta esa expresión: dar salida a las cosas, a los problemas, a los detalles. Los problemas están dentro, dando guerra, alborotando, sin dejarte descansar ni dormir, como niños enloquecidos, hasta que tú les abres la puerta y les das salida. Y salen solos. Y te dejan tranquilo. Por eso decía él cuando sus compañeras se maravillaban de la facilidad que tenía para resolver conflictos, que los problemas se resolvían solos. Solo hay que darles salida.

Tal y como se ha propuesto, todo está listo un mes antes del concierto. La publicidad, que lleva haciendo su trabajo dos meses antes empieza a dar sus frutos. Las compras anticipadas por internet se agotan prácticamente dos días

después de ponerlas a la venta. Cuando todos los problemas salen por la puerta, Jason Ivy cree que es el momento de repantigarse en su butaca de trabajo por primera vez en mucho tiempo.

Y en ese momento llama Brian Gonsales, el manager de Boots, y le dice que el grupo no tocará en el concierto Por la Paz y Contra la Violencia. Que les han ofrecido tocar el mismo día en el Blue Moon y que no pueden decir que no, que rescinden unilateralmente el contrato, que abonan la cantidad estipulada en la cláusula de penalización, y que perdone las molestias.

—No puedes hacerme esto, Bi. No puedes hacerme esto.

—Yo no hago nada a nadie. Soy un intermediario. Y no me llames Bi, porque me llamo Brian.

Da la casualidad de que Ena está limpiando su despacho cuando Jason Ivy recibe la llamada de Brian Gonsales, y aunque no entiende exactamente qué pasa, sabe que algo grave sucede porque la perilla pelirroja de Jason Ivy se pone verde.

Aunque Jason Ivy intenta mantener en secreto la espantada de Boots, hay cosas que no pueden ocultarse mucho tiempo. Los demás grupos empiezan a llamar, preguntando si es verdad lo que se dice, que Boots ha cancelado su participación en el concierto Por la Paz y Contra la Violencia. Jason Ivy aplica paños calientes, dice que están trabajando en ello, que han surgido algunas complicaciones, pero que está seguro de que acabarán solucionándose. Pero no suena convincente. La mayoría de los representantes cuelga convencida de que Boots no va a tocar. Los participantes más conocidos, los más prestigiosos, los que pueden pagar sus respecti-



vas cláusulas de rescisión, se caen del cartel. El concierto se desmorona. Y por primera vez en su vida Jason Ivy siente pánico.

Jason llama a Brian Gonsales y le pide una entrevista. Quiere hacerle una oferta cara a cara. Y a partir de aquí las versiones difieren. Según Jason Ivy, se ven en la oficina de Gonsales y él le ofrece un contrato por el doble de lo que ha ofrecido la primera vez. No sabe cómo va a conseguir el dinero, pero lo importante en aquel momento es que Boots haga público un comunicado en el que confirme su presencia en el concierto Por la Paz y Contra la Violencia.

Según Jason Ivy, Gonsales se niega siquiera a trasladar la nueva oferta a Boots. Dice que Gonsales se mostró partidario del disturbio y que le dijo que los componentes de Boots no solo estaban a favor, sino que a veces participaban ellos mismo en él.

Gonsales lo niega. Dice que Jason Ivy le suplicó de rodillas que convenciera a Boots para que participaran en el concierto, que se ofreció a ser su esclavo sexual, que lloró y que cuando Brian le dijo que lo sentía, pero que estas cosas pasaban y que no había vuelta atrás, que Jason Ivy sacó una pistola y que lo amenazó de muerte si no hacía que Boots participara en el concierto Por la Paz y Contra la Violencia. Brian dice que activó una alarma silenciosa y que el servicio de seguridad, que confirma punto por punto su versión, lo desarmó y lo echó del edificio a hostias.

Sin poder decir a ciencia cierta qué estaba sucediendo, en la asociación sí notan que algo raro pasa. Y notan además que Jason Ivy tiene un ojo morado. Jason Ivy ya no va entusiasmado de un lado para otro, sino que se encierra en su despacho y prácticamente no hace llamadas de

teléfono. Sí recibe muchas. Sheila habla con él, pero Jason Ivy dice que no pasa nada, que todo va sobre ruedas. Para entonces Jason Ivy ya sabe que el concierto Por la Paz y Contra la Violencia va a ser un fracaso. Y lo peor de todo no es que el evento sobre el que descansan sus esperanzas profesionales sea ya, antes de su celebración, un fracaso de gestión sonado; lo peor es que van a embargarle la casa. Para ganar tiempo y efectividad, ha cometido la imprudencia de ofrecer el apartamento donde vive con su madre como garantía de un préstamo personal para cubrir el adelanto de algunas compras y alquileres. Podía haberle pedido ayuda a Sheila, y que Sheila hablara con el gobernador del estado, pero prefirió que el éxito del concierto Por la Paz y Contra la Violencia fuera un éxito de su exclusiva propiedad. Nunca contempló la posibilidad de que algo fallara. Pero algo falló, y ahora el fracaso también era suyo y de nadie más.

Una semana antes del concierto, los únicos participantes que no se han caído del cartel son un grupo punk y otro de rockabilly, ambos desconocidos, y que han sido contratados originariamente como suplentes y teloneros. La maquinaria del concierto está tan bien engrasada y organizada, que Jason Ivy no puede hacer nada para detenerla. El público abarrotará aquel descampado *upstate* y cuando compruebe que ninguno de los grupos anunciados va a tocar, quemarán el escenario y es probable que se maten entre ellos Por la Paz y Contra la Violencia. Aquello se va a convertir en el mayor disturbio de la historia. El culpable: Jason Ivy.

Los días previos al concierto Jason Ivy se encierra en su despacho y se dedica a reconstruir la vida y las costumbres de los cuatro miembros

de Boots y la de Brian Gonsales. Aplica a este trabajo la misma minuciosidad con la que él suele organizarlo todo. Descubre que la vida de las estrellas de rock es más opaca que la del presidente. Es muy difícil saber dónde viven habitualmente, si están casados, si tiene hijos, si saben conducir o si practican algún deporte. Desde el asesinato de John Lennon todos ellos están obsesionados por no ofrecer flancos débiles. Ante la imposibilidad de presentarse en la casa particular de algún miembro de los Boots, Jason Ivy opta por lo más sencillo. Una semana antes de su concierto en el Blue Moon, hace valer su trabajo en la asociación para colarse dentro con la excusa de ver la instalación luminosa. Le acompaña un técnico del local. En un momento determinado, Jason Ivy se disculpa para ir al servicio. Y mientras simula orinar, esconde una pistola en la cisterna. Lo ha visto en *El Padrino*.

Mucho más fácil es seguir el rastro de Brian Gonsales; él no tiene protección y no se considera blanco de enfermos con deseo de notoriedad. El mismo día del concierto, cuando las televisiones empiezan a dar las primeras noticias de un festival Por la Paz y Contra la Violencia que se está convirtiendo en un disturbio atroz, con centenares de muertos, Jason Ivy se presenta en la casa de campo que Brian Gonsales tiene a las afueras.

Jason Ivy y Brian ven juntos la noticia en el salón de este último. Brian, atado de pies y manos; y Jason Ivy sujetando con fuerza un bate de béisbol. Aprovechando una pausa por publicidad, Jason Ivy apaga la tele, se remanga y empieza a golpear con una brutalidad que a él mismo le sorprende el cuerpo de Gonsales. Tiene que arrastrarse hasta el baño y darse una ducha de agua

fría para calmarse, porque no quiere matarlo, sino provocarle mucho sufrimiento. Sufrimiento hasta el fin de sus días. Como hace tiempo que Gonsales ha perdido el conocimiento, Jason Ivy no puede saber si lo ha dejado tetrapléjico o no. Supone que sí, porque le ha arreado fuerte en la cabeza. Aunque cabe la posibilidad de que lo haya dejado en coma. Para asegurarse, lo tumba de espaldas, toma aire, sujeta el bate con fuerza, alza los dos brazos, y los deja caer con un alarido sobre, más o menos, la séptima dorsal.

Luego conduce hasta el Blue Moon para ver a los Boots. Entra sin problema en la sala. Se dirige al baño, rogando que ningún fontanero haya hurgado allí la última semana. Hay suerte, la pistola envuelta en varios plásticos y materiales impermeables, sigue en la cisterna. Se dirige a la sala propiamente dicha, donde los Boots ya han comenzado su concierto. Brincando como un fan más se va acercando a la primera fila. Una hilera de gorilas impide que el acercamiento sea demasiado peligroso. Pero afortunadamente, el cantante quiere entregarse a su público y se lanza sobre él ante la impotencia de los guardaespaldas. Los mozalbetes drogados entre los que se encontraba Jason Ivy reciben su cuerpo con alborozo. A Jason Ivy le cuesta tan poco sacar la pistola y volarle la cabeza, que piensa que está soñando. El disparo coincide con un golpe de caja.

Jason Ivy no tiene un juicio justo. Los fans del grupo, ayudados según algunos testimonios por los guardaespaldas, lo linchan en la pista del Blue Moon. Cuando llega la policía y desaloja el local, el cuerpo del cantante de los Boots ha desaparecido, pero el de Jason Ivy permanece allí con el paquete intestinal fuera del abdomen y las cuencas oculares vacías.